

# SÁNCHEZ BAUTISTA Y SU ARCADIA EN EL RECUERDO

POR

JUAN BARCELÓ JIMÉNEZ

Varias circunstancias justifican mi presencia en estas brillantes jornadas que se están celebrando en torno a la obra del poeta murciano Francisco Sánchez Bautista, que indudablemente tienen de positivo, entre otras cosas, que día a día se conozca más la muy completa obra del autor de *Elegía del Sureste*. No es ya ser coordinador de una mesa, que por la sola intervención del Dr. Sobejano en ella poco ha de hacer o aportar el moderador; ni siquiera ser portavoz, una vez más, con la inmodestia que el caso requiere, de la palabra del poeta para presentar su último libro, editado por la Real Academia Alfonso X el Sabio, dentro de la Biblioteca Murciana de Bolsillo, y que lleva por título *Memoria de una Arcadia. La Huerta de Murcia*; sino en tercer lugar, pronunciar unas palabras de presentación del Prof. Doctor Gonzalo Sobejano Esteve, ilustre catedrático de Literatura, ensayista de temas estilísticos y literarios, poeta, y sobre todo, conocedor desde otras latitudes, con profunda sabiduría y acierto, de la obra del poeta de Llano de Brujas. Ante voces tan autorizadas como las de Sobejano, Díez de Revenga, Jarauta, Martínez Valero o Ruiz Marín, que estos días han estudiado y aclarado muchos aspectos de la poesía de Sánchez Bautista, el que en estos momentos os dirige la palabra debía permanecer callado, pero reconoce, con sinceridad, la justa medida de sus posibilidades, y por otra parte, el magisterio y la competencia de los que en estas jornadas le han precedido en el uso de la palabra. Pero por Paco Sánchez Bautista se hace todo; heme aquí, por lo tanto, dispuesto a aportar mi pequeño grano de arena al esplendor de los actos.



A estas alturas, ¿qué voy a decir yo de Sánchez Bautista, como escritor, como hombre, que aquí no se haya dicho ya? Si tratásemos de hacer una etopéyica descripción de su persona, o fijar las características de su quehacer literario y poético, diríamos que Sánchez Bautista es un hombre bueno en el más puro sentido machadiano, pues lo es en sus principios, en su convivencia con los suyos y con los demás, de aquí que haya profesado y profese un exacto concepto de la amistad, en la condescendencia y en la tolerancia, en el respeto a los criterios, ideas y creencias de todos, y en particular, en suponer, como muchos, que todo el mundo es bueno, aunque a veces la realidad le demuestre todo lo contrario. Cree profundamente en el hombre libre, dueño de sus actos, y que pasa en esta vida respetando, siendo respetado, y por supuesto, haciendo el bien y entregándose a los demás. Es el poeta, sobre todo en una primera etapa, de la tierra y del hombre que la pisa, pues recogiendo las aspiraciones de los humanos, proyecta poéticamente sobre las tierras y los campos desolados que a diario recorre y se apropia, una poesía de marcado tinte social, que sin llegar a las estridencias de otros escritores de la época, sí le arranca de su ser los desgarrados lamentos de estos hombres del Sureste, que se duelen de la sequedad de las tierras, del trabajo diario sin apenas recompensa ni estimación, del sudor, de la emigración, de las secuelas de la guerra civil, y en definitiva, de la soledad que producen estas contrariedades en la vida humana. Pero Sánchez Bautista es también el poeta de las cosas, el poeta que se detiene en el trinar de los dulces pajarillos, en la vida de los pájaros y las aves, en el animal pequeño y veloz que encantaba a San Francisco, del niño, del anciano, de la plegaria, de las costumbres, de las tradiciones, de las virtudes, de los vicios, y de otras muchas cosas, a veces con la ironía fina y el tacto poético que nos recuerda a Quevedo, uno de sus más preferidos poetas españoles. Hay una tercera faceta de su obra poética, de factura clásica, de contenido universal, coincidente con sus últimas obras, en la que muestra no sólo sus aptitudes, sino sus profundos conocimientos y simpatía del mundo greco-latino, de su interés por las obras maestras de la literatura universal, de las que nuestro poeta es asiduo lector, y sobre todo sensible y oportuno receptor. En este sentido su variedad formal en cuanto al dominio del verso y de la estrofa se decanta por formas clásicas, por temas de actualidad y de siempre por ser connaturales con el hombre, no perdiendo dentro de su evolución poética lineal desde sus comienzos la dimensión humana en cuanto a darnos una visión del mundo, utilizando formas estróficas clásicas, pero al mismo tiempo difíciles, como es el soneto. Con estas características que notamos en Sánchez Bautista, el poeta surge a borbotones, como una ineludible necesidad de expresar su crear poético.

Hoy, y esto es lo que aquí nos trae, destaca una nueva faceta del escritor, que nos sorprende con su último libro en prosa: *Memoria de una Arcadia. La Huerta de Murcia*, cuya temática menos ajustada nos dio en su día con *Una Arcadia perdida*, que constituyó su Discurso de Ingreso en la Real Academia Alfonso X el



Sabio. Sánchez Bautista es, por muchas razones que la brevedad me dispensan aludir, un enamorado de la Huerta, como ha demostrado con su vida, con su convivencia familiar y con sus numerosos artículos publicados en periódicos y revistas, pero que hoy lo corrobora totalmente con el libro que comentamos. Su Arcadia se nos muestra a través de la correcta y rica prosa que utiliza esta vez, en dos planos distintos en el tiempo: su ayer y su hoy, porque el mañana es dudoso, incierto, y acaso su postura frente al futuro es escéptica y pesimista. Sobre esta dualidad que constantemente está manejando el escritor, la Huerta de ayer es sólo memoria, la de hoy es palpable realidad que la tangencialidad de las cosas nos permite conocer. Alguien en estas jornadas ha dicho con rigor, seguramente no pensando en la firme constatación de los hechos, que la importancia de este libro de Sánchez Bautista estriba en ser escrito por un huertano de los pies a la cabeza; pienso que a esta gran verdad, puesto que lo escrito por otros hasta ahora sobre la Huerta adolecía del defecto que ahora se subsana, habría que añadir que si el autor es poeta, mucho mejor. Porque un tema como el que desarrolla Sánchez Bautista, por naturaleza puede llevarnos a una situación prosaica, pero en esta ocasión la visión de la Huerta está matizada, en su cuidada y perfecta utilización de la lengua por el escritor, de un halo poético y de una creatividad que nos aleja para siempre de lo retórico, de lo prosaico, del tópico tan generalizado y socorrido, y al que todos acuden cuando hablan del huertano, de sus costumbres, de su vida y de sus inquietudes.

Pero, ¿Cómo ve Sánchez Bautista la Huerta hoy, a través de su publicación? Vicente Medina la caracterizaba como cansera, y todos recordamos que este sintagma es el título de una de sus mejores composiciones; Sánchez Bautista la connota como tristeza, como situación melancólica, ya que en el contraste del ayer y del hoy, precisamente por conocimiento profundo y por amor hacia la Huerta que conoció, dibujó a través del libro una sentida connotación elegíaca. Veamos el siguiente texto:

“Oímos hablar constantemente a los viejos agricultores de nuestra Huerta de la “tristeza del naranjo” y otras plagas, para ellos extrañas, de nuestro arbolado. ¿Habría algo más patético para un hombre que haya nacido entre olorosas frondosidades, ver impotente cómo mueren los árboles de tristeza? Anualmente mueren muchos árboles en nuestra Huerta. No ya naranjos, sino otros frutales de muchas especies que en otros tiempos fueron un regalo para los ojos y una delicia para el paladar. ¡Morir un árbol de tristeza! Lo más alegre, lo más hermoso y halagador, aquello que fundamenta y ameniza el paisaje. Duele ver cada primavera nuestra Huerta, desde hace años, se nos presenta cada vez más enferma y trasquilada. Es la sed, entre nosotros pertinaz sequía, la que viene causando estos irreparables estragos”.



Estas dos pinceladas -tristeza del naranjo y sequía pertinaz-, le sirven al escritor como base a este sentido elegíaco que, como cristal, lo utiliza para mirar, para dar una visión globalizada de la imagen de la Huerta hoy, tratando de generalizar y llevar a otras aristas sus finas e intuitivas observaciones. Y en este sentido analiza, en técnica descriptiva, el paisaje huertano, a veces mitigado por los adelantos de la civilización, pero en el que aún vibra, aunque decoloradamente, el cromatismo vistoso y deslumbrante de otros tiempos, trinan los pájaros en sus variopintas especies, revolotean las aves, se notan los olores, más los fétidos que los fragantes, degustamos sabores, cada vez menos, de sus frutas y hortalizas, advertimos muy tenuamente el susurro de las abejas...; todo ello lo expone Sánchez Bautista en cuidadas y atrevidas metáforas sinestésicas, que dan un alto valor poético a su prosa. A veces las descripciones y alusiones, como buen artista levantino, a pájaros, aves, frutos-higos, jínjoles, membrillos...-, nos dan la sensación de barrocos bodegones, recordando los textos en este aspecto de nuestro paisano Polo de Medina, o las plásticas muestras de Sánchez Cotán. Su evocación del otoño en la Huerta, y las referencias a sus paseos por sendas y caminos, así como por las plazas y calles de la ciudad de Murcia, nos hacen pensar en la prosa de José Ballester, escritor de la más entusiasta preferencia de Sánchez Bautista:

“Poco a poco septiembre dejaba de ser azul, claro y picajoso, para recordarnos con sus anticipadas lluvias y su cambio de tonalidades verdeamarillas en los árboles, que el otoño ya empezaba con la lenta caída de la hoja y sus encendidas arboleras en unos horizontes de tardes apresuradas. Pero no sólo nos traía esta visión pacífica, sino que otoño era también para nosotros el dorado racimo de la alta y quebradiza rama del chopo, la naranja común (¡qué pocos arboles van quedando de esta especie!) y, muy en su época, la níscola, todo antesala de los espesos y deliciosos arropes”.

Otoño es, pues, la estación preferida de Sánchez Bautista, y por ello otoñal es el paisaje de Tomás Díez de Revenga que ilustra la portada del libro. Sobre este pórtico paisajístico se desliza el resto de la temática del libro que presentamos: las labores agrícolas del huertano -aquí se nota el recuerdo de Virgilio-; la seda, que en su día dio gloria a la industria y al comercio murcianos y hoy ha desaparecido por completo; la doma del ganado, realizada sin arte pero con la experiencia del huertano; la barraca o mansión de los moradores de la Huerta; las costumbres, inteligencia, socarronería, sufrimientos de los abnegados huertanos; la sequía, y como contrapartida las inundaciones, con una intencionada referencia a los discutidos trasvases del Tajo, con los problemas que la cuestión conlleva. Todos estos temas son expuestos con magistral técnica literaria y con finas observaciones por parte del autor. El agua del río Segura da origen a una profunda elegía, de la que citamos los siguientes versos:



*Ante tanta desidia y abandono,  
te invoco a ti, poeta de la muerte,  
Jorge Manrique, maestro amado, escucha  
mi queja hecha cantar por este río  
que ante mis ojos pasa,  
no hacia el mar a morir, sino ya muerto.*

Pero no es sólo el río como azote en la adversidad de la vida y la agricultura de los huertanos, sino también el fuego y sus devastadoras circunstancias. Analiza la cultura de las gentes de la Huerta: juegos, Reyes Magos, celebración de la Navidad, mes de difuntos..., además de los problemas del habla, con ideas muy acertadas sobre el pretendido dialecto. Las leyendas -el huertano es muy propenso a ellas-, los ritos, tradiciones y brujerías son tratados con especial atención, ya que en otros tiempos constituyeron parte importante de la cultura de la Huerta. Sánchez Bautista tiene la delicadeza de dedicar un apartado a dos escritores que para él representan como nadie a la Huerta, a los huertanos y a sus costumbres: Frutos Baeza y Vicente Medina, artífices y exponentes de ese “dialecto murciano” que poco tiene que ver con el artificioso “panocho” que hoy se pretende resucitar, más bien diríamos “reinventar”, y por supuesto, menos aún puede relacionarse con el “panochismo” de moda en estos últimos años. Importante es el apartado *Estampas populares murcianas*, por donde desfilan tipos humanos casi ya extinguidos, como los afligidos, hileros, parteras, pajareros, recoveros, raneros..., como igualmente se muestran con su grandeza lúdica las ferias de otros tiempos, los carnavales con sus comparsas, o la gracia y la motivación semántica que encontramos en los alias, motes o sobrenombres, de los que muy pocos habitantes de la Huerta se libraban, y que como otras cosas se heredan en su pervivencia. El libro termina con un sabroso cancionero erótico-burlesco murciano, muestra del realismo, socarrona ironía y pícaro intencionalidad de los huertanos, y que por fortuna todavía perdura, aunque en apartados lugares de nuestra geografía rural.

A estas alturas de mi intervención, me atrevería a preguntar: ¿Para qué servirá este libro de Sánchez Bautista? Mi contestación quiero que sea original y nada dogmática, y creo que puede resolverse dirigiéndome al propio autor, indicándole en tono deprecativo: Querido Paco: Ya no hay juegos en la Huerta, pero existen discotecas; ya no usan blusas los huertanos, pero visten pret a porter; ya no hay parteras, las mujeres dan a luz en los sanatorios; ya no hay afligidos, pagamos los impuestos en los Bancos; ya no hay pajareros, porque éstos se venden enjaulados en las tiendas; ya no hay hileros, pero sí bazares y establecimientos de las 100 pesetas; ya no hay recova ni recoveros, pues no hay sitio para celebrarlas, pero sí tiendas que venden todos los productos de volatería; ya no hay molinos, ni



tenemos que dejar la maquila; ya no existen artesas, ni hornos morucos, sí estuendas panaderías; ya no hay raneros para cazar las ranas, pues éstas no anidan en los brazales; ya no hay barberos, noble institución de antaño, pero sí peluquerías de señores a todo confor; ya no notamos a partir de la Inmaculada en la Huerta, el limpio olor a las tortas, cordiales o mantecados que salían de la boca de los hornos, pues hoy nos surtimos en las confiterías; ya no hay noviazgos, como los que tú y yo conocimos en la Huerta, pero observamos a diario otro tipo de relaciones; ya no quedan rebaños de cabras, que daban su leche por las calles de Murcia, ni asnos o burros que transportaban cargas y ayudaban a los agricultores, ni carros tirados por las dóciles mulas, ni carretas con vacas o bueyes mansos, ni berracos, ni..., pero sí vemos coches y más coches por todas partes. En fin, ¡tantas cosas no podemos ver en la Huerta! Para nosotros el recuerdo, porque sabemos que existían, e incluso las hemos visto y vivido. Para nuestros hijos y nietos, que deben saber que fueron en otros tiempos, tu libro *Memoria de una Arcadia. La Huerta de Murcia*, no sólo tiene un valor testimonial, sino que vale para ello.

Y luego de esta intervención, incompleta y en momentos apasionada, paso la palabra al Dr. Sobejano Esteve, que con su habitual maestría desarrollará el sugestivo tema *Palabra de compenetración: La poesía de Francisco Sánchez Bautista en su altura constante*. Si tuviera que dirigirme a personas de mi generación, esta presentación sería ociosa e innecesaria, pues Gonzalo Sobejano es murciano y en nuestra Universidad inició sus estudios de Filosofía y Letras. Hijo del gran humanista, profesor y poeta don Andrés Sobejano, a quien quiero hoy recordarlo con cariño y como deudor en gran parte de mi formación en el campo de las Letras, como muchos murcianos, pues hay que afirmar que la historia de la cultura murciana durante más de cincuenta años, no podrá jamás escribirse sin la referencia obligada y el protagonismo de don Andrés. Gonzalo culmina en Madrid sus estudios de Filología Románica, bajo el magisterio de Dámaso Alonso, Rafael Lapesa y otros ilustres profesores. Imparte enseñanzas, mientras completa su formación, como profesor de español en las Universidades de Heidelberg y Colonia. Posteriormente en Estados Unidos, profesando en Columbia, Pittsburg, Filadelfia y Berkeley. Es Doctor "Honoris causa" por la Universidad de Murcia. Poeta, consigue en 1950 el Premio "Polo de Medina" de la Excm. Diputación de Murcia, con su obra *Eco en lo vacío*, de la que tuve el honor de hacer la primera reseña para un periódico murciano. Vinculado a la escuela estilística de Dámaso Alonso, Sobejano publica varios ensayos: *El epíteto en la literatura española* (1956), *Moderne Spanische Erzähler* (1963), *Forma literaria y sensibilidad social* (1967), y más tarde su obra capital *Nietzsche en España* (1967), interesante como punto de partida para conocer la literatura contemporánea española. Conocedor como pocos de la novelística española, y como aventajado crítico dotado de una exquisita y profunda sensibilidad e intuición, publica *Novela española de nuestro tiempo* (1970) y *Clarín en su obra ejemplar* (1985), estudio completo de la obra



del autor de *La Regenta*. También Sobejano ha dedicado atención al estudio del Siglo de Oro español, teniendo en su haber trabajos sobre Quevedo, Mateo Alemán, Lope de Vega, Cervantes y otros escritores. Sus conocimientos sobre escritores murcianos, incluso de nuestros días -Espinosa, Sánchez Bautista y otros-, demuestran su interés por la cultura literaria de nuestra región.

